

FINALISTA ESTATAL



SIN TÍTULO

Victoria Osorio Pavón (Cantabria)

Era la primera vez que Isabel se quedaba sola en casa. Todavía sentía en su mejilla el beso húmedo de su madre, que se apresuró a limpiar con la manga de su pijama. Debía dormirse inmediatamente, lo había prometido. Pero estaba tan asustada que decidió sentarse a leer en la mullida butaca de su padre en el salón. Sus pies no llegaban al suelo, por lo que quedaron colgando mientras el peso del grueso libro de cuentos descansaba en su regazo.

Isabel oyó de repente el aullido del viento golpeando con furia los cristales de su ventana. Se encogió en la butaca creyendo oír la voz de mil fantasmas pronunciando su nombre. La niña se levantó rápido y se apresuró a encender todas las luces de la casa, queriendo así mantener a raya la oscuridad de la noche, que parecía querer tragársela.

La luz reconfortó a Isabel, que experimentó la felicidad de sentirse segura. Decidió que era la hora de irse a la cama.

Apretó contra su pecho el libro de cuentos con un brazo mientras con la mano del otro iba apagando una por una todas las luces. Se mordió el labio inferior cuando sus ojos sólo vieron oscuridad y se apresuró a ir corriendo a su habitación. Una vez refugiada entre las mantas de su cama, se confió a cerrar los ojos con fuerza mientras deseaba con tesón que los monstruos de debajo de su cama no decidieron salir a pasear aquella noche. Se encerró en su planeta de fantasía y, casi sin darse cuenta, comenzó a dormirse.

Despertó a Isabel un estruendo tan grande que creyó que sus tímpanos explotarían dentro de sus orejas.

Abrió los ojos, temblando de miedo, y con lo primero que se encontró fue con todos sus libros de cuentos desperdigados por el suelo como un montón de basura. Se relajó un poco al comprender que había colocado mal el último libro que había cogido y que por eso se habían caído todos. Los monstruos de debajo de la cama seguían en su oscura guarida.

Se volvió a tumbar en la cama mientras el nudo de su garganta se iba deshaciendo poco a poco. Cerró los ojos. Apoyó la cabeza en la almohada y se resignó a escuchar cómo los fantasmas la llamaban desde el otro lado de la ventana. Y cayó en la trampa. Inmediatamente Isabel recordó todo lo que le asustaba. Desde la propia oscuridad, pasando por los monstruos, la soledad, el dolor y, finalmente, la muerte. Isabel no pudo aguantar el miedo. Se incorporó, alargó la mano y encendió la luz. Se sintió mejor, mas el miedo no la abandonó del todo. Se quedó inmóvil por unos instantes, agarrando con fuerza las mantas. Sintió una brisa gélida acariciar su cara y, cuando se dio cuenta de que era un sudor frío, suspiró, abatida.

Aguardó a que su corazón dejara de latir desenfrenado para coger su almohada y caminar despacito hacia el armario. Abrió la puerta del mueble y se aseguró de que no había nadie dentro. Respiró hondo y se metió, cerrando la puerta tras de sí. Apoyó la cabeza en el montón ordenado de ropa de la izquierda y se abrazó a la almohada, aferrándose a ella con fuerza. Sonrió satisfecha y sintió ganas de dar una voltereta. Había burlado al miedo. Lo había dejado fuera.